

Benoit Chauvin, también reputado especialista en cuestiones monásticas, para honrar la memoria del ilustre monje blanco, a quien le unió una sólida amistad durante los últimos años de su vida.

El proyecto referido constará de tres tomos, con dos volúmenes cada uno, es decir, seis gruesos libros, en los que se recogerán un total de 240 artículos debidos a más de cien autores. Los dos primeros volúmenes estarán dedicados al propio Padre Anselme Dimier (El hombre, su obra, trabajos inéditos y reediciones); los dos siguientes (números 3 y 4) tratarán temas generales de Historia cisterciense (Orden, Monjes, Abadías). Los dos últimos, que componen el Tomo III (vols. 5 y 6), versarán sobre distintos aspectos de la Arquitectura de la Orden Cisterciense.

Estos dos últimos volúmenes, precisamente, son los primeros que han visto la luz. Constan de un total de 43 artículos o estudios de extensión muy variada (20 el vol. 5 y 23 el vol. 6), debidos a autores generalmente conocidos por importantes investigaciones realizadas anteriormente sobre la Orden del Císter. En ellos se analizan tanto cuestiones de carácter general sobre la arquitectura llevada a cabo por la Orden, como se dan a conocer los resultados de distintas campañas de excavaciones efectuadas en varias abadías de la misma o, finalmente, se examinan problemas particulares concernientes a determinados monasterios. En suma, una variada muestra de investigaciones que ofrecen múltiples innovaciones en el conocimiento de las peculiaridades arquitectónicas de la Orden del Císter, lo cual, sin duda alguna, satisfará al estudioso más exigente, habida cuenta de la profundidad de los artículos, las numerosas fotografías, planos y mapas que los acompañan y la cuidada impresión de los textos. Creo, por todo ello, que estamos ante un hito verdaderamente significativo dentro de la producción bibliográfica especializada en la Orden del Císter.

Interesa indicar, asimismo, que los restantes volúmenes irán apareciendo paulatinamente, previéndose al final, si se corona con éxito económico la edición de las «*Mélanges*», la publicación de un segundo «*Supplément de plans d'églises cisterciennes*», en el que se recogerán las plantas recopiladas por el Padre Dimier desde 1967, año de publicación del Primer «*Supplément*» (el «*Inventario*» inicial apareció en 1949), hasta 1975, año de su llorado fallecimiento. Por sus características, esta obra, como las dos anteriores, será también de obligada consulta para los especialistas en arquitectura de la Orden del Císter.
—JOSÉ CARLOS VALLE PÉREZ.

RIVERA BLANCO, Javier, *Arquitectura de la segunda mitad del siglo XVI en León*. Publicaciones de la Institución «Fray Bernardino de Sahagún», León, 1982, 269, págs. 47 láms.

El interés que ha suscitado el llamado Plateresco en la ciudad de León ha eclipsado en buena medida el papel que jugó la arquitectura clasicista en esta ciudad. Su estudio es el objetivo que se ha propuesto el autor de este libro. Partiendo del conocimiento de los tratados y fuentes literarias se hacen en él numerosas y decisivas aportaciones a la arquitectura leonesa de la segunda mitad del siglo XVI. El aporte de nuevos datos documentales constituye la base para trazar tan completa panorámica de la arquitectura leonesa de este período.

El libro se inicia con un acertado estudio histórico de la ciudad de León en dicho siglo, insistiéndose en el papel del mecenazgo de la nobleza, la iglesia y el municipio. Los factores socio-económicos y su influencia en la arquitectura renacentista leonesa son justamente calibrados y desarrollados en un extenso capítulo. A continuación se pasa a desarrollar el tema arquitectónico propiamente dicho, deteniéndose en la introducción

del Renacimiento en el foco leonés y en el papel desarrollado por algunos importantes arquitectos como Juan de Badajoz y por algunos edificios singulares como el convento de San Marcos. A mediados de siglo, pronto hace su aparición un nuevo período de influencias. El Plateresco evoluciona rápidamente y comienzan a aparecer síntomas de un clasicismo más puro. Por todo el país se difunden los tratados italianos de arquitectura que son fundamentales en el desarrollo de la arquitectura hispana.

Como bien sostiene el autor, en la ciudad de León las aportaciones al nuevo estilo llegan de la mano de Rodrigo Gil de Hontañón que va a dejar en León una de sus obras más características: el Palacio de los Guzmanes con el que se inaugura en la ciudad de León el gran ideal clásico.

Por las mismas fechas un discípulo de Badajoz el Mozo, Francisco de Villaverde evoluciona también hacia las nuevas formas y construye la sacristía de la iglesia del monasterio de San Claudio. También en la catedral se aprecia por estas mismas fechas el cambio de gusto estético, teniendo como protagonista a su maestro mayor, Juan López de Rojas, cuya obra más representativa será el retablo-sepulcro de San Pelayo, colocado en un intercolumnio del trasaltar del presbiterio de la catedral.

Con la construcción del monasterio de El Escorial, el estilo clasicista se divulga ampliamente y llega su huella a tierras de León. El foco vallisoletano y el localizado en torno a la iglesia del Colegio de la Compañía de Jesús, en Villagarcía de Campos, van a tener su repercusión en la ciudad de León. Aquí, el camino hacia el manierismo purista —iniciado ya por Juan López y Francisco de Villaverde, con la aportación decisiva de Rodrigo Gil de Hontañón—, deja paso a partir de 1560 a la última etapa que contará con cuatro figuras decisivas: Juan de Ribero Rada, Baltasar Gutiérrez, Juan de Nates y Felipe de la Cajiga.

A Ribero Rada, cuya figura queda bien perfilada en este trabajo, atribuye las trazas del palacio del Conde Luna, así como el palacio del Marqués de Villasinda, plenamente influenciado por Viñola. Constituye Ribero Rada la figura más representativa del foco manierista leonés. En dicha ciudad acaparó todas las obras importantes que se llevaron a cabo entre 1565 y 1600, año de su fallecimiento. En sus obras se nos muestra como un decidido partidario de los postulados escurialenses y como un profundo conocedor de las corrientes más puras italianas, influyendo decisivamente en su obra la producción y tratado de Palladio. Plenamente herreriano se nos presenta en la capilla del convento, de las Concepcionistas, en el edificio de las Carnicerías y en los diseños que realizó para la reforma del panteón real de San Isidoro. Asimismo, se insiste en este libro en el evidente italianismo de Ribero Rada. Senlio, Viñola, Palladio y Juan Bautista de Toledo ejercieron una fuerte atracción en el arquitecto montañés. Especial importancia tiene su creación más palladiana y sin duda obra maestra: el magnífico palacio del Ayuntamiento donde es perfecta su comprensión de la arquitectura italiana. Su aportación a la interpretación del palladianismo en España fue decisiva pues no debemos olvidar que se le debe la traducción de los cuatro libros de Palladio.

El arquitecto catedralicio Baltasar Gutiérrez se muestra en su obra más característica —muros exteriores del coro de la catedral de León— como un decidido seguidor de Viñola.

Los arquitectos Juan de Nates y Felipe de la Cajiga llevaron a cabo la construcción de la iglesia de San Claudio en 1582, pero tuvieron que supeditarse a las condiciones y traza que había elaborado Juan del Ribero.

El estudio pormenorizado de las obras más características de la arquitectura leonesa de la segunda mitad de siglo se efectúa en dicho libro dentro de dos grandes apartados dedicados respectivamente a la arquitectura religiosa y a la arquitectura civil.

En el primero, entre otros, se analizan los siguientes edificios: la catedral, el con-

vento de Santo Domingo, el monasterio de San Claudio, el convento de las MM. Concepcionistas, la Real Colegiata de San Isidoro y las iglesias de San Marcelo, Santa María del Camino o del Mercado y de San Juan y San Pedro de Renueva. De todas ellas se publican abundantes planos y fotografías. Lo mismo sucede en el capítulo dedicado a los palacios, uno de los más enjundiosos de este libro, haciéndose un completo y detallado análisis de los palacios de los Guzmanes, del Conde Luna, del Marqués de Villasinda, La Casa de las Carnicerías, el Ayuntamiento y el edificio de la Panadería.

En suma y gracias a esta nueva publicación, estamos ante una notable aportación al cada día más interesante panorama de la arquitectura manierista española, quedando perfectamente perfilado este importante núcleo escasamente valorado hasta ahora.— J. C. BRASAS EGIDO.

MARIAS, Fernando, *La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)*, Tomo I. Publicaciones del Instituto Provincial de Investigaciones y estudios toledanos, Toledo, 1983, 448 páginas, 59 figuras y 40 láminas.

Encierra este volumen el primer cuerpo de la tesis doctoral del autor, que quedará completa con otros dos. La obra entraña una problemática cronológica y estilística, para cuya justificación se coloca en cabeza una larga disquisición acerca del contenido del renacimiento español. No hay duda de que es una cuestión de fondo que interesará a todos cuantos se dediquen al estudio de este período. ¿Desde qué momento se puede considerar que estamos en presencia de un arte renaciente? Todos los estilos ofrecen un lapso temporal más o menos extenso, en que se produce la adaptación a la nueva situación. En España esta acomodación es lenta, pero progresiva. Tiene sus comienzos en la incorporación de la gramática ornamental aplicada a edificios góticos. En un segundo momento se adoptan los elementos estructurales del Renacimiento, así arcos, bóvedas, ventanas. Hay que conjugar con éste la propia terminología, ya que el empuje de lo ornamental determina la imposición del nombre de plateresco. Así habría un primer plateresco puramente ornamental, y un segundo plateresco, en que ornamentación y estructura armonizan. Tradicionalmente se acepta que los dos períodos pueden entrar ya en el Renacimiento. Es lo que pone en duda Marías. Para él será en todo caso «protorenacimiento».

A su juicio sólo hay verdadero renacimiento cuando, dejando a un lado lo ornamental, el edificio adopta el volumen y el espacio de la nueva época. Y además con otro espíritu, basado en el culto a la naturaleza. Y esto, en Toledo, sucede a partir de 1541, fecha en que se inician las obras del Hospital de Afuera, con planos de Alonso de Covarrubias. Toda tesis tiende a plantear una metodología y un objetivo, pues de lo contrario sería una aportación importante, pero sin renovación de criterios. Por esta razón, dejando a la orilla la fecha habitual de 1600, piensa en un término más real para el renacimiento toledano. Y establece la de 1631, fecha del fallecimiento de Jorge Manuel Theotocopuli, maestro enmarcado en los ideales del período. Habrá que dar margen suficiente de confianza a quien tanto esfuerzo ha consagrado al tema, cuando rompe los clichés habituales. La movilidad de las fechas para el estudio de los períodos es algo a que nos tiene acostumbrados la moderna historiografía. Europa es diferente si se tiene en cuenta el arte de cada país. La cronología del Renacimiento español es diferente de la de Italia y de Francia. Pero es que dentro de España tampoco sirven fechas uniformes para encerrar los períodos. De ahí que el período entre 1541 y 1631 sea perfectamente aplicable a Toledo, pero sería desaconsejable sin duda en otra ciudad. Pero lo que parece claro, en punto a arquitectura, es que 1600 no divide nada. A la misma conclusión ha